

Más allá del negocio inmobiliario: van por otro terreno. Sobre la subasta del Centro N°1 de Salud Mental y otras repeticiones¹

ZABALZA, Sergio

Psicoanalista. Doctor en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Ex integrante del dispositivo de hospital de día del Hospital Alvarez.

Contacto: zabalzasergio@gmail.com

Cómo citar: Zabalza, S. (2024). Más allá del negocio inmobiliario: van por otro terreno. Sobre la subasta del Centro N°1 de Salud Mental y otras repeticiones. *Revista Salud Mental y Comunidad*, (17), 228-231

El Centro de Salud Mental N°1 “Dr. Hugo Rosarios” es un efector monovalente ubicado en el barrio de Núñez (Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina) que ofrece atención psicoterapéutica y psicofarmacológica en forma ambulatoria para niños, adolescentes, adultos, parejas, familias y grupos. El terreno donde se asienta es de Nación. La administración libertaria quiere subastarlo junto con otros cuatrocientos inmuebles. El decreto 950/24 del Poder Ejecutivo Nacional pone en vigencia un anterior decreto firmado durante el gobierno Cambiemia. En agosto de 2016, por medio del decreto 952/2016, el entonces presidente Mauricio Macri había dispuesto la venta por subasta de 17 propiedades consideradas ociosas, entre las cuales se encontraba el Centro de Salud Mental N°1. La inmediata reacción de profesionales, trabajadores y pacientes impidió el intento. Subastar este Centro junto a canchitas de fútbol, predios de la SIDE y hasta un boliche ya era una sobrada muestra de la insensibilidad que desde siempre distinguió a la ideología neoliberal, hoy traves-

tida de anarco libertaria. De esta forma estamos asistiendo a una Repetición cuya naturaleza vale indagar.

Por lo pronto, tal como la comunidad terapéutica del Laura Bonaparte hace unas pocas semanas, hoy le toca a los profesionales, trabajadores y pacientes del Centro N°1 protagonizar la lucha por la preservación de un espacio terapéutico que privilegia el respeto por la palabra, la dignidad subjetiva y el lazo social. Como ya mencionamos, no es la primera vez. Buscan destruir la salud pública y en especial la Salud Mental. Es que para llevar adelante el infame plan que pergeñó esta versión anarco del neoliberalismo se necesitan individuos tristes; deprimidos; atontados y obedientes. Enfermos y solos.

Detrás del negocio inmobiliario, entonces, van por otro terreno. Bien lo dijo la ideóloga de Milei: Margaret Thatcher, no vamos por la economía, vamos por las almas. Desde este punto de vista, la movilización y lucha del Centro Uno es una intervención en la Ciudad. Es la palabra que rescata los cuerpos; el deseo y el acto. Para nombrarlo de una vez: el Corte que denuncia una muy particular repetición.

Cuando la Salud Mental es un obstáculo

Walter Benjamin proponía “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo” para así constatar cuánto del pasado está en el presente. Desde este punto de vista, vale recordar que el negocio inmobiliario como zanahoria para destruir la Salud Mental tiene un preciso antecedente con el ataque perpetrado en el Hospital Neuropsiquiátrico José Tiburcio Borda de la Ciudad de Buenos Aires el 26 de abril de 2013. Fecha en que una multitud de policías irrumpieron en el predio para cometer el más desquiciado atropello del cual se tenga memoria a un centro de salud de un estado democrático. Durante horas, pacientes, médicos, psicólogos, terapistas, enfermeros, legisladores y hasta periodistas fueron víctimas de las balas, gases, golpes y bastonazos que las fuerzas dependientes del entonces jefe de gobierno Mauricio Macri -hoy principal apoyo del proyecto libertario- aplicaron con saña demencial.

“Un prosista chino ha observado que el unicornio, en razón misma de lo anómalo que es, ha de pasar inadvertido” decía Jorge Luis Borges en “El pudor de la historia”. Para este caso, si bien el motivo que palpitaba tras semejante barbarie no era otro que el de apoderarse de los terrenos del hospital para así concretar fabulosos negocios inmobiliarios a beneficio de unos pocos,

lo que estaba en juego -y aún lo sigue estando- es otra cuestión. Para la aberrante ideología neoliberal que hoy muestra a cielo abierto sus nefastos propósitos, la salud pública -y en especial la Salud Mental- no solo es un gasto, es un Obstáculo.

Y hay poderosas razones que así lo atestiguan. Hoy los psicoanalistas y otros practicantes de la palabra interrogamos la influencia de las redes sociales; intervenimos sobre las desastrosas consecuencias de la pandemia en los cuerpos púberes; sobre los efectos de la exacerbación individualista; los síntomas derivados de las adicciones *on line*; la pauperización simbólica provocada por los discursos de odio; la inhibición resultante del apego a las pantallas, todos artificios indispensables para hacer de los sujetos esclavos de una satisfacción tan imposible como nefasta. De allí el empeño por eliminar de una u otra forma la práctica de la palabra para así, medicación mediante, acallar el síntoma por donde sin embargo emerge la singularidad subjetiva.

De hecho, para citar tan sólo algunos antecedentes de este artero encono que ya viene desde lejos: además del decreto para subastar el Centro de Salud Mental N° 1 y el ataque al Borda, vaya como ejemplo la drástica reducción de residentes y concurrentes en psicología; los intentos de restauración de la lógica manicomial con

la consecuente desestimación del criterio interdisciplinar; la transgresión a la ley 448 de Salud Mental de la Ciudad de Buenos Aires; el intento de modificar con un decreto del P.E. la ley 26687 de Salud Mental votada por el Congreso Nacional, y muchos atropellos más que son muestras de que las balas, los gases, los golpes y los bastonazos del 26 de abril de 2013 formaron parte del agravio a la dignidad subjetiva que la ultraderecha -hoy de manera desembozada- aplica a nivel nacional y pretende continuar. Una prueba de que sólo con la mórbida aquiescencia de las personas se puede lograr que un discurso canalla se perpetúe en el poder.

Lo que está en juego es la repetición propia de una mortífera modalidad de satisfacción, cuyo nudo reside en la apetencia por ganancias que no tienen correlato referencial alguno más que una ilusión plasmada en papelititos; títulos; bonos; y otras fantasías entrampadas en una rueda que no admite corte ni pausa. Eso que Lacan describió con “el objeto a en el cenit social”.

Para más datos, revisar la estafa piramidal de San Pedro, preciso lugar de acción de las Fuerzas del Cielo, si los hay. Y si no, tomar nota de la actual fiesta financiera que hoy transcurre en nuestro país mientras un millón de pibes se van a dormir sin cenar. La misma máquina desvariada por la cual la economía del planeta

reposa sobre una deuda multi- trillonaria cuyo correlato es una pasmosa desigualdad.

Ante esta repetición desquiciada, el acto psicoanalítico se constituye como la maniobra que habilita a un sujeto para apropiarse de su decir. Esto es: consentir la pérdida de las vanas ilusiones individualistas para así integrarse en el lazo social a partir del respeto a la propia singularidad.

Que la dura y actual circunstancia nos sirva para estar a la altura de esos pibes y pibas bailando en la estación Once. De los miles que toman universidades. De los jubilados enfrentando a la policía. Del orgullo de los discursos de la diversidad sexual. De los trabajadores que luchan por su salario. De los artistas y la preservación de nuestros bienes culturales. Y de los profesionales; trabajadores y pacientes de los hospitales y centros de Salud Mental. Para volver. Y para volver con los mejores. Con los mejores.

Notas

1. Texto redactado a solicitud de los colegas del Centro N°1 como colaboración a la jornada del miércoles 6 de noviembre contra el intento de subasta decretado por el gobierno nacional.

